
José Emilio Pacheco:

50 años

Arturo Azuela

Llegamos al barrio de San Ildefonso, de la Nacional Preparatoria; veníamos de los antiguos patios de la vieja Universidad a la flamante Ciudad Universitaria. Entre muchos otros, ahí estaban Jorge Alberto Manrique, Carlos Félix, Alberto Dallal, Raymundo Ramos, Eduardo Blanquel y Néstor López Aldeco.

Los más jóvenes eran Carlos Monsiváis, José Emilio Pacheco y Cristina Romo (más tarde de Pacheco). Íbamos a las carreras de liberales, a Derecho, a Arquitectura, a Medicina. Y todos, el día menos pensado, como una predeterminación, llegaríamos a los recintos de la Facultad de Filosofía y Letras.

Día tras día, aquí, allá, en la Casa del Lago, en *Cuadernos del Viento*, en la *Revista de la Universidad*, su voz (la de José Emilio) adquiriría un diapason admirable. El virtuoso precoz se había transformado en el joven escritor heredero de nuestros mejores polígrafos, del autor de *Muerte sin fin* y de las voces disidentes de nuestros mejores periodistas de páginas y secciones culturales. José Emilio, como hasta ahora, no conocía el descanso. Un día de 1963 apareció *Los elementos de la noche*; en 1966, *El reposo del fuego*. Más tarde, en el trágico '68, *No me preguntes cómo pasa el tiempo*. En 1973, *Irás y no volverás*. Recordando a Séneca y a Quevedo ("Conmigo llevo la tierra y la muerte"), publica su novela *Morirás lejos*, en 1967. Ya la voz de José Emilio Pacheco es firme, trascendente, de poeta mayor.

José Emilio quebranta algunas tablas de la ley, su condición es humana y nunca llegará tarde al centro, el alma de la mejor amistad. Ha dicho: "He cometido un error fatal —y lo mejor de todo es que no sé cuál..." Que en su cincuentenario siga con la duda; que no se despeje ninguna incógnita, que siga incólume su verticalidad y que su capacidad de indignación —a veces apocalíptica— siga el camino de los guerreros impecables.

Vicente Leñero

Se podría decir —forzando esto que son las costumbres de las celebraciones y los homenajes— que el cumpleaños cincuenta de José Emilio Pacheco es de alguna manera el cumpleaños, la fiesta del medio siglo de una generación que con él se remata, digamos se compendia. Nacido el último año de la década de los treinta —la del sueño nacionalista, con su expropiación petrolera y su reparto agrario y su asesinato de Trotsky—, José Emilio es por su edad el párvulo de esta primaria de escritores a la que nos inscribimos los nacidos —como diría Salvador Novo— en los periodos presidenciales de Pascual Ortiz Rubio y Abelardo Rodríguez y Lázaro Cárdenas.

José Emilio es un poco —un mucho, sería mejor decir, y ya se dijo— nuestro representante. En él se realizan, como por cosa de milagro, las vocaciones literarias que la mayoría hemos tenido que ejercer a cuentagotas. Pocos de estos cincuentones podrían presumir de escritores a tiempo completo. Qué va. Casi todos repartimos nuestras horas de trabajo en múltiples quehaceres que poco o nada tienen que ver con el oficio al que soñamos dedicarnos. Ingenua pretensión. Quisimos optar por la literatura y lo que nos impuso la vida fue una escandalosa variedad de tareas: vulgares o heroicas chambas, viles chambas para pagarnos a nosotros mismos una beca literaria a perpetuidad. Para escribir nuestras novelas, para fabricar nuestros libros de cuentos, nuestros poemarios, nuestros dramas teatrales, nuestros fatigadores ensayos, tuvimos que ser vendedores, licenciados, profesionistas, aventureros, burócratas,

El 30 de junio del presente año la Facultad de Filosofía y Letras le rindió homenaje al escritor José Emilio Pacheco por sus 50 años de vida. Ante un crecido público, Sergio Pitol, Arturo Azuela, Vicente Leñero y Federico Patán, moderados por Gonzalo Celorio, hablaron sobre Pacheco y sobre su obra. Aquí, recogemos algunos fragmentos de lo dicho aquella tarde.

obreros, oficinistas, auxiliares, políticos, trabajadores de lo que se pudiera encontrar en el aviso de ocasión de una sociedad en donde se busca todo, menos un escritor. Algunos persiguieron matrimonios ventajosos o pelearon herencias; otros se convirtieron en aviadores del gobierno; muchos aprendieron oficios clandestinos, extorsionaron mujeres o ejercitaron mañas denigrantes hasta conseguir un poco de tiempo libre para trabajar línea por línea, noche tras noche, aquella novelita que un día, por fin, se atrevió a publicar Joaquín Diez Canedo. Novelistas de la clandestinidad, poetas ahogados por la culpa, dramaturgos de fin de semana, ensayistas a costa de la familia, de la esposa, de los hijos, desarraigados soñadores ilusos, la mayoría de los miembros de nuestra generación nunca se llenó la boca con la expresión sentida y asumida del "soy —de veras soy— escritor". Sólo unos pudieron o supieron serlo, y entre ellos, José Emilio Pacheco: representante generacional —se viene aquí diciendo— de este oficio de vivir con el tiempo completo consagrado a los libros. No de gratis, desde luego. No de regalado, ni merced a herencias o a becas o a loterías que cuando llegan no llegan nunca a los indicados, piensa uno.

José Emilio Pacheco decidió ser exclusivamente escritor y lo consiguió. Hizo a un lado las tentaciones que están al otro lado de los libros, y como quien se encierra en un monasterio se dedicó a la sabiduría de leer. José Emilio se hizo sabio leyendo. No leyendo nada más —que eso lo podría hacer cualquiera—, sino encadenando lecturas y descubriendo el camino de los laberintos de la inteligencia. Luego escribiendo. Escritor por supuesto, escritor sobre todo, de prosa estricta y aventurada poesía, José Emilio aprendió a vivir, escribiendo: una vida hacia adentro que desdobló leyendo a los demás.

Federico Patán

José Emilio es un narrador obsesivo por la parte oscura de la vida, por los mecanismos ocultos que le estropean al hombre la capacidad de ser feliz. Esto lo entrega en cuentos de índole variada en lo tocante al abordaje de los temas. Por ejemplo, José Emilio tiene un texto en lenguaje y marco de referencia campiranos: "virgen de los veranos". Es su única tentativa en esta línea argumental. Es, ante todo, autor ciudadano, profundamente clavado en los ritmos vitales de la capital u otros conglomerados de igual tipo.

José Emilio es una figura pública que quiere desprenderse de tal obligación y dejarnos como testimonio exclusivo su quehacer literario. Sin duda lo ha conseguido en alguna medida y, desde luego, a futuro lo conseguirá del todo. Mientras llega ese momento, podemos adelantar que su escritura es una de las más importantes en nuestro panorama intelectual. ■

